

BREVE REFUTACIÓN DE LA REALIDAD

José María Martín Ahumada

*El mundo, desgraciadamente, es real; yo
desgraciadamente, soy Borges.
"Nueva refutación del tiempo"*

*El mundo será Tlön.
"Tlön, Uqbar, Orbis Tertius"*

Jorge Luis Borges.

Existen ficciones benéficas, y existen ficciones asesinas. Borges, como la hija del visir Sheherezade, conjuraron su adversidad (y por extensión, la de sus rendidos oyentes y lectores) narrando historias. Arrostraron el vengativo desencanto y el alfanje del verdugo al amanecer, acusados por el rey Schahriar de una infidelidad que no les pertenecía; el saberse destinados a las letras y a la obscuridad, y si hemos de prestar credulidad a las indiscreciones que Estela Canto prodiga en Borges a Contraluz, un libelo que intenta pasar por libro de recuerdos, a una despótica madre, y a un oscuro mandato que su padre le impuso en Suiza, y el joven Borges no acertó a cumplir. Es sabido que Emma Bovary no corrió la misma suerte. De pequeña, en el convento, acostumbraba a esconderse en su dormitorio y temerosa de ser descubierta por las estrictas monjas, devoraba a Lamartine o Walter Scott. Trocaba su insípido presente por los de María Estuardo, Juana de Arco, Eloísa, Agnes Sorel desacostumbrándose a su propia compañía. A fuerza de ser otros, llegó a no saber quién era, puede que incluso ignorara la existencia de su compañera y tocaya la señorita Rouault. Era incapaz de respirar otro aire del que inventaba. Se creyó abocada a grandes pasiones y se afanó en cumplir su destino. Cuando la granja paterna de "Les Beteaux", amenazó sus propósitos, huyó del brazo de Charles a ritmo de marcha nupcial. Cuando Yonville le reveló su verdadera naturaleza provinciana huyó a Tostes del brazo de León. Apasionada e irreflexiva, cometió adulterio, dilapidó el dinero de su marido, descuidó la educación de su hijo, y cuando no pudo seguir huyendo, el arsénico la acercó a la última frontera, intoxicada de irrealidad. Su alter ego Gustave Flaubert, en una carta que envió a su amiga y amante Louise desde su retiro en Croisset, comparó a la literatura con el opio, los licores fuertes, el éter y el cloroformo. "Cuanto más se vive, más se sufre", se quejaba, y qué mejor remedio que aturdirse en aquella como en una orgía perpetua. Será el bálsamo para hastíos e insatisfacciones. Pero edificar un doble perfecto y acomodarse en él, purgando a la vida de lo que consideramos errores, no sólo es un acto de imposible soberbia y una insensatez, es además una vulgar falsificación que cualquier lego podría desenmascarar, es arriesgarnos a que la vida nos persiga y nos juzgue, y como nadie desconoce, la vida siempre persigue y juzga a muerte. Que se lo digan a Madame Bovary. Absurda, esperanzada o intolerable, siempre se nos acabará imponiendo. ¿No hay escapatoria? ¿Estamos condenados a achatarnos en lo cotidiano? ¿A abandonar la imaginación por venenosa? Por fortuna, siempre podremos recurrir al

ingenio de Jorge Luis Borges, Georgie para sus íntimos: por qué desterrarnos de lo real, cuando transformarlo es más fácil. La obra del argentino es la crónica de una usurpación, desplegada y medida con sumo cuidado cuyo venero cabe cifrar en una influyente secta secreta del Siglo XVII, entre cuyos miembros se encontraba George Berkeley, y presumiblemente, Descartes, Hume, Spinoza, y con el tiempo, Schopenhauer, Nietzsche, Bertrand Russell, Foucault, aunque haya quienes nieguen su existencia. A finales del siglo XVIII, sus acólitos menudearon, peligrando la continuidad de la orden, hasta que hacia 1824, Ezra Buckley, le dio empaque impulsándola a un objetivo más vasto. Como se puede apreciar, para ser secreta, su historia es bien conocida. Pasemos a detallar su metodología y fundamentos. Según Diógenes Laercio, ya Leucipo y Demócrito defendieron un universo infinito con innumerables mundos que se creaban y se destruían sin cesar. Leibniz, aconsejado por su querencia al cristianismo, los redujo a ideas y los confinó en Dios, el cual se vio obligado a dar existencia a uno sólo, el nuestro, para condecir con su infinita bondad y sabiduría. Es, dicen, el mejor de los mundos posibles en sentido moral y metafísico, el más perfecto y el más lleno. Lo cual, dado la cantidad de problemas que lo asolan, no es ningún consuelo. El mundo elegido contiene el máximo de posibilidades. Posible significa lo no contradictorio, lo pensable. Queda pues excluido lo impensable, que correspondería a otros mundos no reales, como un círculo cuadrado, una luz oscura, un aire pétreo, o en una película el doblaje de cuerpos y voces. ¿O no? Pues no. En una de las notas finales de Discusión de apenas un folio, titulada "Sobre el doblaje", el Borges cinéfilo arremete contra aquéllos que tienen la mala costumbre de hurtar la voz a los actores foráneos. Vemos a Greta Garbo en Gran Hotel, y nos habla Aldonza Lorenzo. Para evitar disonancias y que el procedimiento fuese perfecto, se debería doblar también las figuras. El sistema ni es impensable, ni aberrante, siendo moneda común en Norteamérica. Lo llaman "remake", si afecta a la película completa, y "homenaje" si se trata de una secuencia. Toman un éxito europeo, pongamos por caso Diabólicas (1954) de Henri Georges Clouzot, trasladan los escenarios, incluyen alguna variante en la trama fruto de la vergüenza, que suele perjudicarla -¿cómo mejorar lo inmejorable?-, sustituyen a Simone Signoret por Isabelle Adjani, y sin un rubor, repiten escenas, diálogos, planos e incluso encuadres. El móvil del crimen: económico; el nombre del profanador: Jeremiah Chechik; el infame resultado: en el mejor de los mundos posibles se ha enquistado un acontecimiento de un mundo inferior, con el que ni siquiera contaba Leibniz. Ahora la gran tarea consistirá en rescatar de la inexistencia cuantos mundos paralelos consideremos interesantes, o nos seduzcan, y los superpondremos al nuestro, usurpándolo. Buscaremos afinidades, trazaremos intersecciones, y nos reiremos de antiguos miedos. No es azaroso que la exhumación por parte de un periodista del The American en 1944 de los once volúmenes de A First Encyclopaedia of Tlön de una biblioteca de Nashville, coincida con la misteriosa aparición de objetos increíbles, y si los índices cartográficos de Irak y Asia Menor obvian Uqbar, es porque ni pertenece al pasado ni al presente, ni fue ni es: Uqbar será. Postular lo real es un acto de fe, y Borges no era creyente. La suerte está echada. Schopenhauer será el encargado de concebir una filosofía solidaria con esta realidad maleable. Tomará como inspiración a la escuela oriental vedanta, y su concepción del mundo como mutable, doloroso, apariencial, en cuya formación interviene el hombre, y la doctrina idealista de Berkeley del "esse est percipere et/aut percipi", que condena las abstracciones, la materia, y prima la percepción. Su conclusión es categórica, el mundo es

nuestra representación, y no es lícito deslindar el sueño de la vigilia. Cita a Píndaro, a Sófocles, a Platón, a Shakespeare y a Calderón . La vida es sueño, y dependerá de que hojeemos el libro de la vida, o lo leamos en orden, para que soñemos o nos mantengamos despiertos. El verdadero creador, remodelará perceptualmente lo que le rodea, revolucionará la mirada, y ensanchará el código de lo real. Cada inclusión socava el orden establecido, horadando intrincadas galerías, que componen un premeditado laberinto en el que perderse no es una fatalidad. Dota a la existencia de un secreto centro, del que quizás carecía, pues como nos enseñó el relato "Los dos reyes y los dos laberintos" , lo intolerable es el desierto, el universo como caos, desprovisto de referencias por las que orientarnos. De hecho, para encontrar la cámara central de un laberinto sólo tendremos que girar siempre hacia la izquierda . Aparte, nos deparará un segundo beneficio: cuentan que los arquitectos medievales solían decorar el suelo de sus construcciones con mosaicos-laberinto; recorrerlos se consideraba como una sustitución simbólica del peregrinar a Tierra Santa . Borges procedía de una guerrera, feroz y arriesgada familia de unitarios. A sus abuelos, el coronel Francisco Borges y el coronel Suárez, les dedica sendos poemas, pero su destino no serán las batallas, sino el fatigar libros y escritos, recorriendo a través de ellos el camino de sus antepasados. No es de extrañar la fascinación que sentía Borges por malevos y guapos , encarnaciones del valor, y su antipatía por la sensiblería del tango. Del laberinto surge otro personaje: el detective, que con su sola inteligencia nos guía por sus recovecos y descubre la solución (el sentido, el centro). Auguste Dupin fue quién inició la saga, Borges en colaboración con su amigo Adolfo Bioy Casares la continuó con Don Isidro Parodi, ex-peluquero de la calle México, acusado de la muerte de un carnicero y encarcelado. Resolviendo cualquier asesinato desde su celda, la número 273 . Como el capitán de aviación Ireneo Morris que en su Breguet 309, pasaba de un mundo a otro trazando símbolos mágicos en el cielo con sus acrobacias, en el cuento "La trama celeste" de Bioy Casares, Borges hará lo propio valiéndose de las fintas que describen sus razonamientos. Poco le importan los géneros, a los que dinamita sus demarcaciones: las "Tres versiones de Judas" es un ensayo, "El sueño de Coleridge" es un cuento, "Una rosa amarilla", "Dreamtigers", y "El otro tigre", filosofía del lenguaje . Rompe el acuerdo tácito entre lector y autor, según el cual un relato versa sobre hechos no sucedidos, un ensayo sobre realidades, y un poema sobre sentimientos, porque lo real ha pasado a ser ficción, y la ficción es una nueva realidad. Atendiendo a su etimología , la función de lo ficticio será conformar el medio, y a nosotros mismos. Nada tan sencillo, ni tan complicado. Puesto que las circunstancias personales son arbitrarias, y por lo general, no nos definen, ocultando nuestra auténtica naturaleza, el único refugio válido será la ficción. Emma Zunz no mintió a la policía, cuando relató la trágica muerte de su jefe Loewenthal. Puede que a su padre Manuel Meier lo acusaran de un desfalco ajeno, y el oprobio por mediación del veronal lo matara, puede que el culpable fuese Loewenthal, y que durante años ella tramase una venganza, puede que su mano disparase los tres tiros que lo mató, pero su versión seguiría intacta, pues: "Verdadero era el tono de Emma Zunz, verdadero el pudor, verdadero el odio. Verdadero también era el ultraje que había padecido; sólo eran falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios" . El arte habrá de ser, lo dijo Borges en su "Arte poética", aquél raro espejo que nos devuelva nuestro verdadero rostro y el de nuestros congéneres, y no una mera imagen invertida:

A veces en las tardes una cara
Nos mira desde el fondo de un espejo;
El arte debería ser como ese espejo
Que nos revela nuestra propia cara.

Generaciones de sinólogos no advirtieron la íntima relación que unía a la construcción de la muralla china y la masiva quema de libros durante el reinado de Shih Huang Ti. Éste, en sus tratados, se reduce a un príncipe de Ts'in que puso fin a la época de los reinos combatientes y fue enterrado con un ejército de siete mil guerreros de barro cocido en el monte Li. Quemó libros para borrar la historia, y poder llamarse primer emperador, principió una inmensa muralla para defenderse de las hordas mongolas de las estepas. Una afirmación tan simplista no puede dejar de ser delusiva. Borges, en "La muralla y los libros" se encarga de restituir al emperador sus originarios motivos: obsesionado por la inmortalidad, prohibió nombrar a la muerte, y quemó los libros que la mentaban, cercó un reino para impedir que la corrupción entrase y los alejase de permanecer en su Ser. La tierra, orbis terrae, es el tercer planeta, Orbis tertius.

* * * * *

Post Scriptum a modo de refutación de la refutación

Cualquier reforma siempre atrae a contrarrevolucionarios. La emprendida por Borges, que afecta a la entera realidad, no es una excepción, y la prueba son los despiadados ataques de su compatriota Ernesto Sábato. Lo acusa sumariamente de ludopatía literaria, de negarse a ser tratado en una clínica especializada, y de reincidir en su mal en cada línea que escribe. Que Borges está enfermo se demuestra por las náuseas que le provoca lo real y su irreprimible deseo de retirarse a una torre de marfil, amueblada de asépticos mundos inventados, de vidas que son sueños y de platonismo. Como un niño inconsciente, juega a que todo vale, y nada es válido, a confundir cuando le conviene determinismo con finalismo, subjetivismo con idealismo, el plano lógico con el ontológico, o en "La biblioteca de Babel", el infinito con lo indefinido, a que somos todos los hombres y ninguno..., mas "el juego posterga pero no aniquila sus angustias, sus nostalgias, sus tristezas más hondas, sus resentimientos más humanos" . Es un sofista que discute por placer. Toma del Círculo de Viena la condenación de la metafísica y su subsunción por la literatura fantástica, y la transforma en arma, se vale del ex absurdo sequitur quodlibet y de variados silogismos, para confundirnos y hacer pasar por verosímiles sus alucinadas teorías. Pero el cargo más grave será el de inhumanidad: le

falta la vida, "sus personajes no viven ni sufren sino de palabra", "La muerte y la brújula" es un problema de geometría en el que "no se cometen asesinatos, (¡Leibniz no lo permita!), se demuestra un teorema", y si en él se cuele el murmullo porteño es porque Borges, después de todo, es incapaz de habitar esa metrópoli platónica. Su santo patrono es Parménides, y el tiempo su enemigo. Sábato siempre presintió, aunque no lo dijera, que los protervos ciegos que volvieron loco a Fernando Vidal Olmos, estaban dirigidos desde la sombra por Borges y su bastón blanco. Nunca se lo perdonó.

© **José María Martín Ahumada**
c/Cuarteles 49, 1ºB, 29002 Málaga.

© Material extraído de la **Revista Estigma**.